

CAPITULO III

El período de formación

La primera década del siglo XIX fué el período de gestación de la independencia en las colonias españolas de América, concebida a influjos de la emancipación de las colonias inglesas del Norte, y de los principios de libertad proclamados por la Revolución francesa y propagados por las guerras napoleónicas. Poca influencia puede atribuirse a la primera, tanto porque en aquella época las noticias de los Estados Unidos llegaban con dificultad a las colonias latinas, como por el carácter de la lucha del Norte, que la hacía enteramente especial de la raza y de las condiciones particulares de los pueblos empeñados en conquistar su autonomía. Su ejemplo no tenía de sugestivo más que la idea de independencia; por sus procedimientos era inimitable para los criollos y los mestizos del Sur; por sus medios no estaba a su alcance; por sus tendencias lo rechazaban, puesto que la intolerancia católica levantaba en las conciencias latinas un sentimiento de repugnancia y de antipatía contra pueblos que consideraban herejes y por ende enemigos. Por otra parte, el ejemplo, para pueblos nerviosos y excitables por el entusiasmo, es menos importante que la predicación de principios generales y simples, que se

simplifican más cuanto menor es la aptitud para juzgarlos; y las guerras de Europa, que dirigía una dictadura enérgica y fuerte, llevaban a las colonias latinas del Nuevo Mundo su literatura ardiente, las ideas de libertades salvadoras y gloriosas, como panacea que curaba todos los males y todas las deficiencias de los pueblos; y en tanto los de América no veían el hecho puesto ante sus ojos, de que la propaganda de los principios se hacía merced a una dictadura llena de soberbia, que aspiraba a la dictadura universal.

El germen de la idea de emancipación no podía ser fecundo sino en muy escasa parte de la población de México: en aquella bastante instruída para leer libros europeos y para pensar sobre lo que leían. Fuera de los criollos y de algunos mestizos, el pueblo de la Nueva España no podía tener idea alguna de la emancipación ni aspiración a la autonomía, cuyas ventajas le eran desconocidas y que no despertaba ni su entusiasmo ni su codicia. La masa de indios que componía cerca de la mitad de la población, ni se daba cuenta de su dependencia de un monarca extranjero, para repugnarla, ni conservaba tradiciones vivas de una independencia que había perdido hacía trescientos años, para amarla; su anestesia para el sentimiento de la nacionalidad era absoluta; no era que desdeñaran la libertad, era que la ignoraban. En cuanto a los mestizos, guardaban en su mayor parte una situación muy semejante a la de los indios, y eran ellos y los indios los que debían dar el contingente de sangre para una lucha contra el poder español. Era, pues, inútil fundar la rebelión en ideas de independencia, ni en teorías trascendentales ni en sentimientos de

patriotismo y de autonomía, por más que esas teorías, ideas y sentimientos, movieran a los caudillos para iniciar la insurrección; era imposible imitar el ejemplo de las colonias inglesas ni hacer una revolución que pudiera parecerse a la que ellas hicieron.

La clase de hombres en que las ideas nuevas podían caber y medrar, escasa en la capital del virreinato y mucho menos numerosa en las provincias, era la de los que habían desenvuelto su espíritu en las dos carreras universitarias que atraían a los jóvenes y determinaban a sus padres: la abogacía y el sacerdocio; a los que había que agregar algunos soldados y algunos empleados de la administración, a quienes su ejercicio ponía en condiciones de interesarse en los negocios públicos, de extender sus pensamientos más allá del trabajo rutinario de la vida colonial y de sentir la invasión de las ideas que agitaban al mundo en los comienzos del siglo renovador por excelencia.

Un sacerdote católico, don Miguel Hidalgo, cura de almas de un pequeño pueblo en provincia central de las más pobladas, inició la lucha por la independencia de México, de acuerdo con tres oficiales de las milicias reales, precipitando la acción al saber que la conspiración que tramaban había sido delatada. La historia anecdótica que, de no ser cierta en los detalles, lo es sin duda en lo principal, dice que el cura hizo tañer la campana de la iglesia que convoca a los fieles a la oración piadosa, y cuando los hubo reunido les habló de rebelión contra sus opresores y los incitó a la guerra, tomó por bandera un lienzo con la imagen de la Virgen morena y mexicana, aparecida milagrosa-

mente al indio Juan Diego en las cercanías de la Capital azteca, la Virgen María de Guadalupe, y pronunció las palabras únicas que se conocen, de aquellas candentes excitativas: "Ahora, a coger gachupines".

¡Cuán distante este programa, de la severa Declaración de Derechos de las colonias del Norte, acusando de usurpación y tiranía a la madre patria, y cuán lejos también de las abstracciones teóricas de los Derechos del Hombre de la Revolución francesa! Hidalgo, con el instinto genial del caudillo, acudía al secreto resorte del alma india, y ponía a la vez en movimiento y en acción desordenada, pero viva, el fanatismo religioso de pueblos de sentimientos religiosos embrionarios, el rencor como excitante común contra los privilegiados, y en la apelación a la Virgen nacida en Anáhuac, el primer escalofrío del patriotismo. Los razonamientos y las reivindicaciones habrían sido estériles; en tanto que el fanatismo que arrastra y el rencor que empuja, obraban a una, para llevar a los pueblos tras la única enseña capaz de hablar a sus ojos y de conducirlos sin temores a la muerte.

La personalidad de Hidalgo puede discutirse: puede ser tachado, como hombre, de crueldad; como soldado, de impericia; pero no puede negársele el genio de caudillo que seduce a los pueblos, que los levanta en masas ciegas, que obra sobre ellas por sugestión irreflexiva y propaga por contagio y como por necesidad involuntaria. Abrió la cárcel a los delincuentes, con la falta de escrúpulo del hombre fuerte que suprime la moral para llegar a su fin; armó a sus primeras huestes de picas, palos y hondas, y al recorrer

sus primeras jornadas de campaña, las aldeas y los campos se despoblaban para seguirlo, sin conciencia del peligro, sin suposiciones sobre la empresa; por seguir a aquel hombre que los guiaba con la Virgen mexicana y que iba a coger gachupines. Era mejor tener fe que tener armas, y ellos tenían fe; es decir, tenían caudillo que la imponía.

La conspiración se había fraguado en San Miguel (Guanajuato) por iniciativa del capitán don Ignacio Allende, soldado joven y brioso y él era el señalado para jefe del movimiento. Bajo su mando, la revolución habría tomado un carácter bien diferente; habría presidido el espíritu de disciplina, de orden y de regularidad que impone la educación de un hombre de cuartel, con más sentido de la práctica que lecturas enciclopédicas, con más precauciones para la organización del país que afán de triunfo inmediato y precipitado. Pero en los movimientos populares, los conciertos y programas preconcebidos ceden el imperio a la generación espontánea de cada momento, y lo preparado desaparece ante lo imprevisto. Los caudillos no se nombran, brotan de la necesidad, y los programas se dictan por los hechos.

Hidalgo resultó caudillo sin esfuerzo ni oposición y Allende se le subordinó como su segundo. No hubo por parte de éste un solo acto que revelara despecho; el noble soldado, que habría podido ser un jefe del tipo de Sanmartín, siguió a Hidalgo lealmente, repugnando siempre los actos de crueldad y de desorden de sus masas indisciplinadas que nunca pudo impedir y que Hidalgo autorizaba, cediendo a la necesidad de tolerar para mantener el espíritu agresivo de sus huéspedes.

En las primeras veinticuatro horas de insurrección, las chusmas que constituían el ejército libertador saquearon una población e Hidalgo se apoderó de los bienes de los españoles que en ella residían; a los diez días otra población de importancia era sometida a igual tratamiento, pero con mayor saña y libertad; después, el ejército insurgente obtuvo sangrienta victoria para apoderarse de la capital de la provincia, que también fué entrada a saco, y así continuó el camino de las victorias, siempre con el saqueo como recompensa de los vencedores y la confiscación como sistema del movimiento. Hidalgo, que había creído iniciar una revolución política, era el jefe de una revolución social imprevista, de que probablemente no se dió cuenta nunca con la claridad de una clasificación, ni mucho menos con la visión de sus trascendencias en la historia y en la conciencia de su pueblo. A poco más, la guerra hubiera sido de razas.

Hidalgo y sus compañeros, que estuvieron a las puertas de la capital del virreinato y que quizá hubieran podido consumir la independencia de México en dos meses y, con pasmo del mundo, dar fin a las luchas en espacio tan breve, organizar un gobierno en pueblo acostumbrado a la paz, antes de que se derramara el vicio de la anarquía, volvieron las espaldas a la victoria y en pocos meses más fueron vencidos y fusilados. Pero si su papel había concluído, su obra estaba hecha. La lucha, los triunfos y las derrotas habían propagado por todos los ámbitos de la Colonia la idea de la independencia, habían despertado el sentimiento nuevo de nacionalidad, y al morir los primeros caudillos, había ya sobre el campo, y esparcidos por todas partes, jefes

nuevos capaces de mantener la guerra y de llevarla a su fin.

Pero el ejemplo se seguía en todo, lo mismo en la intención que en los procedimientos, y si la revolución no perdió la herencia de patriotismo, tampoco renunció a la de rencor ni pudo cambiar el programa de acción. La segunda etapa revolucionaria fué, puede decirse, presidida por un hombre superior, otro sacerdote, José María Morelos, la más hermosa figura de la Historia mexicana, por su espíritu elevado y noble, por su carácter firme, recto y enérgico, por sus talentos militar y político, y por un desinterés de que no se hallan muchos ejemplos en la Historia. A su lado, o en su tiempo, figuraron otros caudillos notables por sus condiciones de nobleza y patriotismo, como los generales Matamoros, Rayón, Guerrero y Bravo. En el propósito de estos nuevos jefes, la revolución tenía un carácter más humano y promesas más nacionales; pero la revolución había llegado ya al estado de entidad con alma e instintos propios; sus generales podían conducirla, pero no gobernarla a su talante; muchas veces para guiarla debían obedecerla en sus impulsos, porque en ella estaba la fuerza, que no podía torcerse sin debilitarse. Así, a pesar de la inclinación de los jefes, que trataban de poner el orden, encauzando la acción como meramente política, la revolución no perdió nunca su naturaleza social.

No podía ser de otro modo. Por más que el fin propuesto y único fuese la independencia de la Colonia, la revolución tenía que combatir a una clase, porque era su enemiga: los españoles europeos; tenía que vivir de la confiscación de las propiedades. La Iglesia

la excomulgó y tenía ella que pasar sobre la censura religiosa; y una revolución que para llegar al fin político tiene que destruir una clase social superior, desconocer la propiedad en que la sociedad se asienta y despreciar el credo religioso en que la sociedad se liga, rompe inevitablemente el asiento de la estabilidad de un pueblo y relaja todos los vínculos de la unidad social. Las luchas de tal género, son necesariamente gérmenes de anarquía, puesto que aun en los pueblos semicivilizados, la unidad de la comunidad política se debe mucho más a la armonía social, formada de hilos invisibles, que a la autoridad de las leyes y a la fuerza del gobierno, de urdimbre ostensible y grosera. En diez años de guerra social, alentada unas veces, desesperanzada otras, la lucha por la independencia derramó en todo el país la semilla de la anarquía, que tuvo tiempo de germinar y de arraigar profundamente en suelo demasiado fecundo.

Un período de diez años es sobrado para educar a una generación y bastante para pervertir a un pueblo. En 1810 la guerra, la matanza, la indisciplina rebelde a la ley y la autoridad, eran cosas extrañas para el pueblo de la Nueva España; en 1820 el desorden era el medio para su vida, la propiedad había perdido su prestigio de institución natural, la vida había entrado en el comercio diario y vulgar, ya para quitarla, ya para perderla. Por otra parte, mientras el gobierno virreinal perdía el respeto que le había granjeado la tradición a los ojos del pueblo de la colonia, el misterioso prestigio de la realeza española se perdió también a los ojos de los gobiernos de las colonias,

tanto por los desaciertos de los últimos monarcas y las turbaciones de la metrópoli, como por la borrasca universal en que había naufragado el principio del derecho divino.

En 1821, la idea de separar a la Nueva España de la vieja, antes condenada como traición y estigmatizada como herejía, había tomado lugar entre las ideas comunes, con tal que se sometiese a modificaciones que la purificaran. Era posible pensar en ella sin dejar de ser realista y católico, siempre que la nueva nación se conservara para servicio del rey y gloria de la religión. Los españoles europeos no se desdeñaban de tomarla en cuenta, y tanto llegaron a tomarla, que tramaron una conspiración a espaldas del Virrey, para llevarla a cabo. El programa, fraguado para ofrecer en México un trono a Fernando VII, amenazado de perder el de España a manos de los partidarios de las ideas nuevas y del régimen constitucional, consistía en poner bajo las órdenes de un soldado enérgico y leal un cuerpo de tropas bastante fuerte para acabar con los rebeldes del Sur que encabezaba Guerrero y proclamar en seguida, con el ejército triunfante y prestigiado, la autonomía de México y la nueva monarquía.

Los primeros puntos del programa se cumplieron sin dificultad, por influjo de personas que inspiraron al Virrey la idea de la expedición y el nombramiento del Brigadier don Agustín de Iturbide para dirigirla; pero Iturbide, bien porque encontrara sobre el terreno que la idea no era de fácil cima en las montañas abruptas del Sur, sea porque juzgara utópico el pensamiento principal, sea porque su sentimiento de mexicano prevaleciera, después de ser actor y testigo

en aquel prolongado y doloroso drama, en vez de combatir a Guerrero trató con él, y se puso a la cabeza de ambos ejércitos unidos en el concierto de dar al país la libertad que buscaba desde diez años atrás.

Casi todas las tropas reales que ocupaban diversos puntos del país, secundaron inmediatamente el movimiento inesperado que prometía dar fin a una situación de intranquilidad, de desorden y de miseria crónicos, con la espontaneidad que caracteriza a la acción del ejército cuando responde a la opinión pública o a una necesidad nacional bien percibida. No era el cuartel aislado que abandona sus banderas y traiciona a la vez a su gobierno y a la sociedad para una empresa de fortuna; no el motín pretoriano, tantas veces repetido después en México; era el movimiento de reacción contra el estado anárquico, creado por una revolución que ya había demostrado su persistencia invencible y una vitalidad que tenía raíces en la conciencia popular y alimento en el estado del mundo.

Fuera de las leyes (porque sería absurdo poner en ellas el derecho de infringirlas, ni la supremacía de la fuerza), obran los hechos, que han de tener siempre la última palabra en las contiendas políticas cuando la sociedad está inerme e incapacitada para imponer su voluntad; y cuando la fuerza obra como salvadora del orden social y representando una aspiración popular, llega invariablemente al buen éxito, que es su única disculpa. El fracaso de la fuerza es la demostración de su impopularidad y de la bajeza de sus móviles. Sus dos formas conocidas, la insurrección del ejército y el golpe de Estado, tienen páginas en la Historia en que van confundidas con el interés social y con la salvación pública.

Merced al golpe militar, la independencia de México se realizó en siete meses en que hubo más marchas que combates y a costa de muy poca sangre. El Virrey que llegaba de España la reconoció en tratado formal celebrado con Iturbide y se prestó a ser miembro de la Regencia gobernadora, mientras se llamaba a un príncipe de la casa real, que Iturbide sabía que no había de venir a América nunca. El Virrey ayudó al propósito muriéndose, y España lo colmó, desconociendo el tratado. Los mexicanos se quedaron solos, formando un pueblo autóctono, con la responsabilidad de sus propios destinos, cuando no conocían más gobierno que el ejercido por mandato en nombre de un mandante invisible y lejano que nunca tomó cuerpo de realidad, sin más instrucción cívica que la que le diera el bando del Virrey Marqués de Croix, según el cual "habían nacido para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del gobierno". Ningún ejercicio en el "self government", ninguna fuerza tradicional en que ampararse, ni siquiera un despotismo a que someterse; los campos empobrecidos por la desconfianza, las riquezas rebajadas por la confiscación, el trabajo sin atractivo y la anarquía aprendida en el ejercicio de la rebelión. Con esos elementos había que hacer el gobierno y la felicidad del pueblo redimido.

Compárese este estado con el de las colonias inglesas al lograr su emancipación. Tenían éstas gobierno propio que habían practicado durante la época colonial, mediante el ejercicio de derechos; su pueblo era homogéneo por raza y por educación; el trabajo era libre y fecundo. Las colonias no hicieron más que deponer a los gobernadores nombrados por la Corona y

seguir viviendo bajo sus *charters* convertidas en constituciones. Ningún pueblo puede ser superior a su historia, y así como no puede racionalmente considerarse extraordinario al norteamericano por no haber sido inferior a la suya, es injusto e irracional atribuir a inferioridad étnica o a perversidad moral, la impotencia de los mexicanos para superar a la propia. En las evoluciones de los pueblos no han entrado nunca como factores los milagros.

Con la realización de la independencia había concluido la primera etapa y comenzaba la segunda, mucho más difícil y que habría de consumir más tiempo y mayor esfuerzo; porque aquélla era sólo un hecho que se consumaba con la fuerza sobre causas exteriores, y la otra debía obrar una transformación en el cuerpo mismo del pueblo, por modificaciones sucesivas que sólo se ganan lenta y penosamente. Era preciso eliminar los elementos que en la vida misma de la comunidad política se oponían al advenimiento de la vida nacional.

En el gobierno de España se juntaban la autoridad absoluta del Rey y la autoridad absoluta de la Iglesia; la independencia había acabado con la primera, de la cual no quedaba representante alguno en el territorio; pero la segunda tenía, aunque violada la integridad de su prestigio, la fuerza propia ganada en siglos de enseñanzas, de hábitos y de respetos. La Iglesia se había quedado entre los rebeldes; cuando no pudo impedir su victoria, la reconoció y la sancionó; pero, acostumbrada a compartir la autoridad política con el Rey, no podía prescindir de ejercerla con los

que tenían que ser menos que el Rey. La tendencia, que por una conducta de acción perseverante mostró siempre, de dominar en el gobierno, fué causa de que la facción liberal exagerara sus condiciones de victoria más tarde y de que las leyes mexicanas pusieran a la Iglesia en situación inferior a la que en los demás pueblos se le permite, leyes que causan extrañeza a escritores extranjeros (especialmente los sajones), sólo porque no penetran en el estado íntimo del pueblo en que el fenómeno se operó.

Al quedar México solo, no podían dejar de brotar los dos factores que figuran en la contienda interior de una comunidad política y que parecen propuestos para hacer el movimiento de avance estorbado, impidiendo con el obstáculo el desenfreno de la precipitación; el elemento evolutivo y el tradicionalista. En 1821, era éste en México el más fuerte y contaba con la amenaza; aquel era más brioso y contaba con las promesas; el uno tenía de su parte al clero, al ejército y a los españoles; el otro a los jefes insurgentes, las codicias nuevas y el espíritu de libertad, que ganaba fácilmente prosélitos y soldados. Faltaba plantear materialmente el problema, ya que no había un genio capaz de hacerlo innecesario.

El Congreso convocado para constituir a la Nación, sin una opinión pública que interpretar ni mucho menos un mandato imperativo que obedecer, podía fluctuar en una amplia superficie, desde el gobierno absoluto hasta la democracia pura; por lo mismo, era más difícil la tarea y el medio propicio para las discusiones interminables y sin solución satisfactoria. Sus

miembros se dividieron automáticamente en dos bandos: el de los borbonistas, por la tradición, y el de los republicanos, por la evolución. El Congreso, sin disciplina ni experiencia ni precedentes, trabajaba con galerías abiertas, ante un público que se sentía tan autorizado como los representantes para intervenir en las discusiones, y las sesiones eran continuadas, ardientes, y estériles. Don Agustín de Iturbide, que llenaba con su prestigio el vacío del Poder Ejecutivo de la Regencia, se hizo proclamar Emperador en la calle y obligó al Congreso a sancionar esa elección. Pasaba, como todos los libertadores que no encuentran un medio de resistencia insuperable, de instrumento de salvación a la dictadura que atrae con tentaciones irresistibles. En América, Bolívar lo pretendió y aun Washington fué sospechoso de desearlo.

Iturbide se coronó Emperador; los elementos conservadores lo apoyaron; pero los renovadores se levantaron contra él, lo depusieron y más tarde lo fusilaron. Su país ha puesto siempre en duda los móviles de su conducta y le ha negado la estatua que se erige a los libertadores.

En 1824 se constituyó la República en una Constitución liberal con transacciones tradicionalistas, porque los mismos liberales eran intolerantes y no rompían radicalmente con el pasado. El gobierno republicano en forma federal presidió la marcha de la nación nueva, que no estaba más equipada para ese sistema que para cualquier otro, y si el verdadero y propio sistema de gobierno de un pueblo está en la tendencia que resulta de sus costumbres, de su educación y de su carácter, no había que esperar de México sino que

trasladara a su gobierno la incoherencia de la conciencia nacional. El régimen virreinal no había dejado en los pueblos una tradición preponderante que prevaleciera sobre las teorías escritas en la Constitución republicana; la sumisión, que era el residuo único que pudiera haber dejado, no persistía en las clases superior y media que la habían sacudido en la lucha por la independencia; pero era absoluta en las capas inferiores, de que aquéllas podían disponer para las contiendas intestinas. Con la independencia creían haber alcanzado la libertad y atribuían a la libertad la virtud de producir todos los bienes; pero habían aprendido la libertad en diez años de desorden y no podían someterla a la disciplina llena de subordinación y de tolerancia y de respetos que es la condición necesaria del gobierno popular.

Es lucubración inútil la que se hace cuando se juzga si los pueblos de América debieron adoptar la forma monárquica para su gobierno; la adopción de la forma republicana tiene una razón negativa, deficiente por tanto, pero incontestable: que no habría otra posible. La conveniencia no puede fundarse en las ventajas intrínsecas que se demuestran por el razonamiento, sino en el sentimiento general que obra sobre la voluntad; y un pueblo que conquista su emancipación a costa de sangre, no quiere ni puede continuar de grado bajo el mismo régimen que lo oprimió y que ha destruído. Era, por lo menos, necesario cambiarle el nombre, y un sistema que cambia de nombre comienza ya a cambiar de esencia.

La Constitución mexicana apuntaba una aspiración

y quedaba sin realización efectiva, como todas las leyes que intentan las libertades primeras de un pueblo. La misma Magna Charta de los barones ingleses necesitó una lucha de cerca de un siglo para llegar a ser base de una constitución real. Tales leyes son el tema de la discusión y el objeto de la lucha inevitable. El caso no es mexicano, sino humano. Y en cuanto a la censura tantas veces repetida, que tacha a esta constitución de haber establecido la república en un país que no podía gobernarse sino por dictadores, cae en más patente absurdo, porque no hay leyes para la dictadura, puesto que su esencia es la supremacía del dictador sobre la ley.

Puesto en marcha el mecanismo constitucional, en apariencia no hubo en la nación sino un combate indefinido de ambiciones personales, que distraen la vista del observador superficial y hacen difícil la percepción del fenómeno sociológico que se efectuaba en la naciente república. De 1824 a 1857, más de veinticinco personas figuran como presidentes, varias de ellas más de una vez; de modo que no tiene cada período una duración media de un año. Cuando una elección designa a un hombre, un cuartel se rebela y lo derriba, y cuando el general victorioso ocupa la presidencia, antes de ser reconocido por todo el país, otro cuartel lo derroca. El cuartelazo y el golpe de Estado se turnan, sin apoyo de la opinión pública, que ni se ha formado ni se ha podido formar en la división social que se acentúa y se amarga. No hay movimientos populares; pero a medida que el tiempo avanza van tomando partido en la agitación militar todos los hombres, porque las cuestiones políticas se confunden con las preocupaciones religiosas.

En realidad, aquel pueblo tenía ante sí dos problemas que necesariamente se confundieron en uno y habían de resolverse juntos: eliminar del gobierno el elemento perturbador de sus funciones, que era la influencia de la Iglesia; encontrar la forma posible de gobierno a que podía adaptarse entre sus leyes teóricas y las condiciones reales del pueblo. Esto no podría realizarse, sino hallando un *modus vivendi* para encontrar paz, cobrar fuerzas en el trabajo, armonizar a los grupos sociales, asegurar la autonomía y pasar después a la organización estable de las instituciones adecuadas al carácter y al estado de la comunidad.

Descuella en toda esa época la figura del general Santa Anna, hombre codicioso, sin principios, que no creía en nada y engañaba a todos, falto de escrúpulos y dotado de una astucia que se reforzaba con su hipocresía, varias veces arrojado del poder y otras tantas llamado por un partido como el hombre indispensable para el país. En 1833, el gobierno que regía Santa Anna dictó leyes radicales que destruían el poder de la Iglesia dentro del régimen nacional; un movimiento revolucionario en favor de la tradición religiosa hizo que Santa Anna asumiera el gobierno que desempeñaba el Vicepresidente, desautorizara las leyes liberales y tomara el partido de la revolución misma. Disolvió el Congreso, convocó uno nuevo y éste expidió una Constitución que establecía la República Central.

Desde entonces caminaron juntos el centralismo y el tradicionalismo por una parte, y el sistema federal y el reformismo por otra, tornando la discusión po-

lítica en guerra religiosa y el rencor de los partidos que se disputaban el poder en desconcierto social por exaltación de las conciencias. Un nuevo amago de federalismo fué ahogado por Santa Anna con otro golpe de Estado; el Congreso fué reemplazado por una junta que el Presidente nombró y que produjo la constitución centralista de 1843. Cada partido ponía en vigor, mientras mantenía el poder, la ley federalista o la centralista; y en 1847, Santa Anna, para quien todas las constituciones eran inútiles, gobernaba con la federalista y admitía que se reformara en sentido más liberal y más restrictivo. Mientras tanto México perdía en aquel año la mitad de su territorio, al concluir la guerra que los Estados Unidos le movieron y en que fué tan inicua la agresión como fué torpe y descuidada la defensa.

Santa Anna salió para el destierro; pero el país no encontró reposo ni siquiera después de la catástrofe, y la agitación de los partidos continuó, excitada por las pasiones y la codicia; el Presidente electo en 1851, general Arista, no pudo, a pesar de su buena fe y honradez, encontrar el apoyo del Congreso, y al renunciar voluntariamente la presidencia, abrió de nuevo el campo a las ambiciones y dejó prosperar la revolución reaccionaria, que no tardó en llamar de nuevo al hombre necesario. Se fraguó una elección, de acuerdo con el plan revolucionario que pedía una dictadura, y Santa Anna volvió al país y al gobierno con el carácter desembozado de dictador.

Su dictadura tuvo por norma, no ya su voluntad, sino su capricho, y el capricho llegó a la extravagancia; su gobierno fué de dura tiranía, de persecucio-

nes y de una intolerancia sin precedente. Tuvo más que nunca por aliado al partido conservador, que en México significaba el partido de la Iglesia, y jugando con él su último azar, lo arrastró en el fracaso definitivo y lo llevó a la muerte.

La dictadura brutal de Santa Anna condensó el espíritu nuevo, que tantos años de revuelta y tantas desgracias habían venido formando en los pueblos e hizo estallar la primera revolución nacional, no ya producto de las codicias de cuartel, sino de la indignación pública. Es el único bien que México debió a Santa Anna. El movimiento, iniciado en la costa del Sur por hombres oscuros, llamó para autorizarse con un nombre popular al general don Juan Alvarez, encontró eco en gran extensión del territorio en breve tiempo, ganó alguna parte del ejército, y triunfó, no sin larga y empeñada lucha, en aquel duelo franco contra el centralismo y contra el predominio del clero en los negocios públicos.

El partido de la renovación no quiso entonces contentarse con restablecer la constitución federalista que había perdido todo prestigio en los vaivenes de las revoluciones y que no era ya para él la expresión de sus tendencias. El Plan de Ayutla había prometido una constitución nueva, el espíritu transformado de la nación lo requería y los hombres del partido liberal confiaban en que una ley fundamental más avanzada y hecha sobre las lecciones de la experiencia y las teorías, ya mejor estudiadas, iba a ser base de paz y fuente de todos los beneficios.

